

Leo

Su frente comenzó por quedarse pelada. Es algo que afecta predominantemente a los hombres, el cabello se les empieza a caer en la parte más alta de la cabeza, y sale con más fuerza y firmeza en las partes menos deseadas de sus cuerpos. Hablamos básicamente de hombres pelados en la cabeza y peludos en el trasero. Leo tenía completamente cubierto de pelos el trasero, pero desheredada la cabeza, poco a poco, de cabello natural. Por esta razón cuando iba caminando por la calle, su fijación principal estaba orientada en torno al cabello. Miraba a las personas pasar y su primera mirada se iba directamente hacia la parte más alta de su cuerpo, la cima de la cabeza. Miraba y observaba con asombro repetirse casi siempre el mismo patrón, hombres con su cima desierta, mujeres con su cima repleta de cabello, canas, tintura, cortes de todo tipo. La obsesión era tal, que cuando le preguntaba a alguien la famosa frase: “¿Cómo estás?”, se respondía solo según lo que veía en la cabeza ajena. Si veía una frondosa cabellera, abundante, aunque estuviera encanecida, se respondía por dentro: “Se nota que andas bien”. Pero si lo que veía era la triste desolación de una cabeza oxidada se entristecía por la otra persona, creyendo entender que estar bien o estar mal iba en directa relación con el bienestar de la cabellera. ¿Habría sido un trauma de origen lo que llevó a Leo a preocuparse tan fervientemente por este asunto? ¿O será producto de un entorno acosante, que se la pasa diciéndole que la falta de cabello es pérdida de poder, de virilidad, de capacidad de hombría. Y es que quién no ha escuchado sobre el mito de Sansón, y aquel momento en el que alguien hoza cortarle la cabellera (¿o había sido él mismo?), perdiendo así su fuerza y su poder. ¿Quién podría relacionar poder con cabellera? Otra de las premisas absurdas de la modernidad.

Los ojos de Leo son tan intensos y profundos, que logran captar la atención de las personas hacia ellos. No ha de ser la fuerza de sus pensamientos, pero sus ojos arrojan un mensaje delineado que es muy claro y comprometedor. Cuando hace chistes achina ambos ojos y parece que sonriera con la mirada, como dice una popular modelo de pasarelas. La nariz que asoma por debajo, pequeña, no tiene intenciones de ser respingada, pero de tan diminuta, se asemeja a las

narices reales, desprovista del contenido de la repugnancia de las alcantarillas. La boca siempre un tanto fruncida, como si algo que no existe le diera asco permanentemente, y unos dientes que asoman sin ser un elemento demasiado llamativo. ¿Los chistes por qué eran, Leo? Porque hacía chistes de todo tipo, buscando siempre responder con algo gracioso o inteligente. Hay personas que creen que en la ocurrencia está la inteligencia, en la velocidad para responder ante un ataque o un comentario cualquiera. Y hay otras personas cuyo tiempo de reacción es al otro día. O años más tarde. O tiempo después en la ducha. ¿A quién no le ha pasado? Que encuentra el argumento más brillante, justo y cuando el agua caliente cae por el cuello. Si es que se tiene agua caliente. Sino las ideas salen congeladas. Y monocromáticas, como las de Leo.

Alguna vez se toma el tiempo de leer el diario. Se sienta con sus pantalones de jeans encastrados en la parte final, cruza una pierna y estira el diario sobre su perfecto apoyador construido a punta de muslo. Cuando lee un ojo le tintinea, como si se tratase de código morse y su lectura necesariamente requiriera que la decodificara con su párpado izquierdo. Si una noticia le llama la atención, hace un comentario respecto a ella. Comienza con frases como: “¡Qué increíble!” o “Asombroso”. Y luego narra algo poco interesante sobre un político poco interesante haciendo cosas poco interesantes. Alguien que fuera analista profesional, podría descubrir en las noticias escogidas por Leo, una huella infalible de su pasado, puesto que siempre dirige su atención a las noticias más escalofrantes y morbosas. No así de asesinatos o crímenes, sino de intrigas de poder, disputas, situaciones corruptas que terminan mal o disparidades que estallan en conflictos anotados en pequeñas letras estampadas en tinta.

Al interior de su casa no hay ni una sola maceta, ni un solo balcón. Los pisos de cerámica incorporan la suciedad como una sombra que decora de negro. Un sofá de mimbre en el centro de la sala, televisor, acceso directo al baño y a la cocina y un dormitorio cuya puerta está siempre cerrada. En las ventanas puso cables enganchados a los barrotes, y donde terminan los cables colocó una especie de batería que garantiza un golpe de corriente intenso para quien los tocara. Del mismo modo, en la puerta delantera de la casa, instaló una segunda puerta metálica a la que le conecta dos cables con corriente todas las noches. Sin duda teme por su seguridad y únicamente por su seguridad, puesto que vive solo. Tal

vez por la seguridad de sus pertenencias, que no son muchas. El televisor. Un viejo computador algo pasado de época. El celular común y corriente. Los papeles. Cables. Su ropa de trabajo. Zapatos.

Leo es trabajador de la empresa de telecomunicaciones. Usa una camisa celeste que reemplaza cada día por las seis camisas que tiene en el armario, iguales. Y un pantalón azul oscuro que alterna con su jean gastado de estar en la casa. Cuando llega del trabajo sigue uniendo y cortando cables que tiene por toda la casa alrededor de tubos especiales. Cada cable es grueso y gris, pero al cortarlo, tiene por dentro, muchos cables de diferentes colores, así que en su casa hay cantidades de cables de color gris, pero a su vez, cientos de pedazos de cable de todos los colores y tamaños desparramados por todas partes. Cuando camina, sus bototos negros del trabajo, traen siempre algún cablecito enganchado a la suela carcomida. Entra a las casas de las personas en mitad de sus almuerzos, o cuando desayunan o están dormidos. Llega llamando a la puerta y pregunta si solicitaron un técnico para reparación o instalación. Entra pidiendo permiso y trata de evitar mirar a la mesa, muchas veces vacía, en las poblaciones de bajos recursos. Ha dicho que ha visto ratones muertos en habitaciones, cucarachas trepando los juguetes de los niños y pistolas guardadas sobre los armarios. Él extiende su cable blanco para el público, por las paredes más desoladas o más llenas, y con un martillo y clavos en forma de letra ele, instala, desinstala, coloca, pone, arregla o mejora.

De vez en cuando una buena persona le acerca un vasito de jugo, una taza de café, en los mejores días un pancito con queso, calentito. Muy rara vez un plato de comida. Ha descubierto con el tiempo que las personas más generosas son justamente las que menos tienen, las más humildes. Así que no es nada agradable para él asistir a las reparaciones para gente del barrio alto. Leo prefiere y se siente bien entre personas que son como él.

A las 12 hs. de la madrugada se despierta casi sin excepción. Aparentemente un timbre suena en su cabeza y se sienta turbado en la cama, agitado. Mira a su alrededor y ve que no hay nadie, entonces vuelve a apoyar la cabeza en la almohada y a quedarse dormido. Cuando se despierta en la mañana suele no

acordarse, pero a veces alcanza a distinguir sus propios sueños, con la mermelada y el café. Sueña que vuela, que cae, como todas las personas, y también animales. Sueña que camina sobre el pasto y sus pies amarillentos penetran entre lo verde, dándole una sensación húmeda y placentera. Muy de vez en cuando, sueña que su nariz es gigantesca y puede oler con ella todo tipo de fragancias, también sentir sabores e identificarlos entre una multitud de variedades. Sueña que acaricia perros por la calle, mientras con su enorme nariz, detecta el aroma inconfundible de que se acerca la policía.

Él piensa que soñar es para los débiles. En algo habrá influido en eso su madre, Jaqueline. Fue criado entre tres hermanos, por supuesto Leo es el del medio, su indiferencia y falta de lugar en el mundo tenía ya en sus primeros días un sello determinado y puesto con fuego. El día que nació llovía. Fue a dar a luz su mamá, en un hospital público de la calle Triunvirato, tenía tanto miedo de parir por las historias que había escuchado, que apretaba sus uñas contra las palmas de las manos, hasta que le dolió más las heridas provocadas por sus propias garras, que el vientre abierto entre anestésicos. Cuando nació no lloró, desde el inicio hizo el mejor de sus esfuerzos por independizarse. Si hubiera estado anatómicamente preparado, es probable que hubiera salido corriendo, o al galope, para alejarse del medio entre sus dos hermanos. Al menor casi no lo conocí, pero el mayor se portó siempre abusivo. Creyó que era un juego, empujar su diminuto pene contra los cuerpos de sus dos hermanos, después de cada lavada de dientes. Apretaba y apretaba contra sus pequeños traseros, intentando entrar, como había visto hacer a su padre, Don Carlos, jefe en una estación de trenes.

Durante los primeros pasos que dio Leo, don Carlos lo esperaba con los brazos extendidos del otro lado del jardín. Tal vez sean sus primeros recuerdos, con un sol radiante y la cara y voz de su padre llamándole: "Leo, leo".

No sabe cómo se interesó por los cables ni la telefonía. Ni siquiera sabe si alguien sueña con dedicarse a ese oficio cuando grande, pero sabe que un buen día su rutina se definió en ese sentido. Tampoco recuerda cuándo comenzó a caérsele el pelo. Lo que si recuerda bien es cómo llegó hasta allí su perro Plout, que vive con él desde hace más de once años. Es un perro callejero muy feo,

que tiene los dientes de abajo totalmente sobresalidos hacia afuera y los muestra cada vez que alguien intenta acercarse. Su cuero cabelludo parece corroído, el pelaje inicia negro y termina, nadie sabe cómo, en un color amarillento, desgastado. Lo rescató durante una pelea en la que de seguro iba a perder. Otros tres perros lo acorralaban en una esquina y ya casi lo masticaban, cuando Leo decidió salvarle a punta de insultos y gruñidos en su idioma. Intentó morderlo, con sus dientes de abajo sobresalidos, pero a Leo no le importó, ya curtido por una vida que intentó morderlo varias veces.

Como aquel día en el que lo acorralaron borracho, por haber mirado supuestamente a una mujer que en realidad no había mirado. O como esa vez en la que una patada de un circuito eléctrico que tocó por accidente mientras instalaba un televisor, lo dejó viendo en blanco y negro por unos días. Siguió haciendo chistes sobre eso durante años. Le encanta hacer chistes. Pequeñas bromas que cuenta al azar, por sorpresa, pero eso ya lo dije. Lo que no dije es que tuvo una novia, una vez, por un año entero, de la que se enamoró perdidamente cuando él tenía tan solo 23 años. Pero las cosas no salieron bien y ella se marchó. Buscó otro rumbo, otro destino –como le dicen-. Se fue. Desapareció de su vida. Él quiso hablarle, pero ella no tenía intenciones de seguir adelante y tuvo que aceptarlo. Aprender a aceptar que la otra persona no te ama. Seguir adelante. Se llamaba Katherine, era bajita, tenía el pelo largo hasta la cintura, con rulos más parecidos a ondas y una mirada maliciosa, como si estuviera siempre haciendo brujerías y no de las buenas. No lo quería. Desde que se conocieron, no lo quería. Estaba con él por intentarlo, por ver, por avanzar, pero amarlo no. ¿Quién la podría culpar? ¿Quién podría acaso decir algo? Al año se fue sin dejar huella. Así es como lo imborrable se desdibuja con el sol.

Siempre decía que se había criado en el campo, y narraba historias raras, como que había visto a un zorro astuto, que mataba a las gallinas por la curiosidad, empezaba a girar alrededor de un árbol, despacito y en el sentido contrario a las agujas del reloj, ampliando el círculo alrededor del árbol hasta formar un anillo, y decía que las gallinas, como por arte de magia, caían rendidas a los embrujos del hábil zorro y le seguían, persiguiendo su cola, girando alrededor del árbol, hasta que la fatiga las dejaba extenuadas en el suelo, momento en el cual las

atacaba el zorro. Decía que lo había visto con sus propios ojos, al zorro girando y a la gallina.

También relataba historias sobre la luz buena y la luz mala, y todas esas leyendas que se cuentan con tanta pasión en el campo. Se asustaba de chiquito y se metía en la cama con tanto miedo, que se apretaba entre las sábanas las orejas. No sabía si iban a aparecer todos esos fantasmas y criaturas como el Pompero, o si su hermano mayor volvería a intentar presionarle, empujarle, penetrarle. ¿Cuál de las dos cosas te causaba más temor, Leo? El Pompero es una criatura que verdaderamente espanta a las familias de a quienes antes se les llamaban los peones. De baja estatura, tiene los pies invertidos, miran hacia atrás, entonces cuando se va, parece que viniera y cuando parece que se fue por un camino, en realidad, acaba de llegar. Deja sus pisadas en la tierra. Sus ojos, provenientes de las profundidades de la tierra, son dos cristales solidificados que de mirarte, pueden traerte las peores de las maldiciones. Y lo más importante, hay una forma de llamar al Pompero, que es, cortando un limón por la mitad y arrojándolo con mucha fuerza y estruendo contra una puerta, allí, aparecerá, o bien a traer maldición o bien dispuesto a que se le ofrezca un trato, siempre mediante el pago con cigarros. Una vez, yo también lo vi al Pompero, en la oscuridad de la noche, fumando un cigarro, a la altura de mis rodillas, pero no me atreví a ofrecerle un trato. Puede ser muy peligroso dicen los que saben. Leo tampoco.

Respecto a sus ideas fundamentales, podemos decir que es una persona que defiende las libertades individuales. Se preocupa de recalcar que tenemos derechos más allá de nuestra condición social o rasgos físicos o diferencias de género. No le gusta discutir ni armar grandes polémicas, pero con seguridad manifestará su punto de vista si la cosa se pone pesada. A los 14 años casi participa en la campaña electoral de alguien, probablemente sin saber a ciencia cierta por qué se encontraba allí. En ese tiempo, andaba con los zapatos que le regaló un primo, viejos, gastados, arruinados por la tierra y el andar de años. Ahora él puede comprarse sus propios zapatos, pero aun así, están siempre desgastados, corroídos. No le tocó irse a ninguna guerra, ni que lo reclutaran. Pasó una adolescencia sin pena ni gloria.

Tiene una verruga bastante grande en el dedo gordo. Cuando sube a la locomoción colectiva, intenta tapárselo usando el dedo índice, así que le resulta bastante difícil y molesto sostenerse. La vez que su colectivo chocó en una intersección, mientras viajaba a su trabajo, no logró tomarse bien del palo metálico que acompaña todos los asientos públicos móviles del mundo, y cayó sentado sobre su columna que hizo un ruido como de partir galletas.

Pero esto no tiene sentido y nadie quiere leer algo sin sentido en pleno siglo XXI. Nadie quiere leer sobre la historia de un tipo, que tiene tales o cuales características, que es de determinada manera a cierta edad y luego cambia. Nadie quiere leer respecto al relato detallado de las formas de la cara, ni de los días contados en la vida de un hombre, cuya relación con el medio social y político, es prácticamente nula.

Lo que la gente quiere leer son historias de opresión, de lucha contra esa opresión, de triunfos o derrotas que enseñan, quiere aprender de las historias y no revivirlas en su vacío y su miseria. Leo, se va a morir a los 67 años y nadie recordará su nombre, ni su cara, ni el modo tan gracioso que tenía de contar chistes. Se va a ir sin decirle adiós a nadie. Sin pasar a la historia, sin haber clavado la bandera en ningún trozo de tierra. La era de los grandes hombres ya pasó y están determinados ahora a dar pasos cortos, sin saltos, atados, sujetos a la historia que los atrapó porque perdieron, porque lo hicieron mal, porque fueron derrotados. Ahora la historia la escriben las mujeres, es de las mujeres disidentes, que luchan, fuertes, que pelean, que salen en las redes sociales abrazando causas, llorando por los triunfos de las leyes de aborto, peleando con todas las fuerzas. La historia es de les que luchan. Pero Leo se quedó sentado en su casa, mirando las noticias por la tele, pese a su cotidianeidad como trabajador, se quedó mirando. Al grito de “que caigan todas las cadenas”, Leo, se quedó mirando. Y sus cadenas no cayeron, hasta que murió en el anonimato, en el silencio, en la soledad. Morir es no haber pasado a la historia. Morir es no haber aportado un granito de arena a la revuelta.

Marcos. Leo. Juan. Pablo. Roberto. Diego. José. Raúl. Daniel. Claudio. Sobrepasados todos por la intensidad del siglo. Atrás. Observando, con rostros anonadados, cómo se desdobl原因 los barrotes que creyeron tan imposibles de

mover. Cadenas quebradas en los pisos y ellos, quietos. Quietos en su rutina, en su derrota, en un pasado que les pesa como muertos. Hombres fuera de siglo. Queriendo gobernarlo, sin entender que el tiempo ya pasó para ellos, que su oportunidad se perdió, que no la aprovecharon. El siglo pasado fue de ustedes y lo perdieron. Se aniquilaron. Fueron derrota. Se pisaron entre ustedes. Levantaron techos de cristal, cimentados en las clases sociales y quedaron sepultados en sus propios techos. La burguesía como clase social parasitaria, buscó por todos los medios imponer su dominio mediante, no solo su poderío económico, sino también, como es ya sabido, mediante la difusión de su cultura y sus ideas de entronque patriarcal. La clase obrera, intentando contrarrestarla, no logró desarrollar formas no opresivas al interior de sus formaciones sociales, y fue obligada a reproducir el formato burgués, otrora feudal, patriarcal desde hace cinco mil años.

Abran la puerta para que ellos puedan volver atrás, para que comprendan que el día ya pasó, que ya se fueron. Díganle a José que su rol protagónico se cayó, que ya no va más. Cuando esté subiendo el cerro con su novia en bicicleta, díganle a José que no va a gobernar, que el siglo XXI lo despidió, lo expulsó, no lo puso al mando. Díganle que baje el vozarrón, que vaya bajando no los humos, sino el tonito y que de tan alto, no le van a salir alas. Apaguen de su imaginación el futuro de esculturas que llevan su nombre, con su bigote bien delineado y tallado en mármol su ceño fruncido. Díganle que no va más, que eso no va a suceder, que ya pasó, que tuvieron su era del capital, su era del imperio, y que afortunadamente participamos en la era de las revoluciones. Ni Leo, ni José, ni Pablo. Ninguna historia cualquiera que se contó mal. Porque la hora es de las pibas, las morras, las chiquillas. Es la hora de contar la historia de una mujer que murió en un aborto clandestino, desangrada, con una percha incrustada en la vagina. La hora de visibilizar a las mujeres violadas, violentadas sexualmente, que somos muchas, acalladas por los triunfadores de las películas, por esos galanes tan parecidos a nuestros victimarios. Es la hora de que las protagonistas se llamen Mariposa, Susana, Carmen, Sara, Lorena, Marta, Aneka. Como decisión política, contra la invisibilización histórica y la opresión, que no solo es de clase, también es de género.

Y queremos hacerle unas cuantas preguntas a la historia y al legado que nos han dejado del siglo pasado, aquellos que destacaron por sus aportes a la batalla. Porque no nos conforma el aceptar las lecciones como vienen dadas, no aceptamos sus lecciones del pasado, queremos sacar nuestras propias lecciones, con nuestra visión particular, de género y de clase sobre las cosas. No aceptamos. Sabemos que podemos edificar un mundo sin opresores. Conocemos el método. Nos lo apropiamos. Despertamos al tirano adormecido, sentado en el sofá, cambiando de canal como si no existiera ni la vida ni la muerte. Tiramos por la ventana los controles remotos y esas caras de baba. Vuelvan atrás y corrijan con la decencia, no impriman cartones porquería para vender como chatarra, impriman los sellos definitivos de las sin voz que recuperamos la vida robada en bolsas, que rescatamos y recordamos nombres como si fuesen las nomenclaturas del porvenir. Recogemos sus nombres de la basura en la que fueron arrojados y los elevamos en carteles al cielo, no para llegar a Dios, sino para destronarlo en su inexistencia.

Si pudiese disparar un nombre, de seguro les reventaría la cara a todos los cómplices de un sistema cuyo régimen es femicida. Adiós Leo, adiós para siempre.

Violeta

¿Violeta o violenta?, le preguntaban a modo de broma los comensales de una cena que no terminaría nada bien: la cena de la vida. Muy seguido cuando hay luna llena, Violeta acude a los círculos de sanación que se realizan en la playa, cerca de donde queda la pequeña cabaña en la que habita. Tiene tres perros, dos gatos y probablemente muchas garrapatas, que siente que la acompañan permanentemente. Ya nada le pica. Hace un tiempo que ni las pulgas se le suben. Ni piojos. Ni mosquitos. Su piel se ha tornado tan dura e impenetrable que ni siquiera se posan sobre ella las moscas sedientas de carne, podrida. Boreará los 39 años, según sus cabellos a semi platinar y la experiencia que aun no se gana, pero tampoco se pierde. Tiene un hijo pequeño siempre pegado a su regazo. Durante las tardes de los miércoles, va con él a la feria, donde esperan hasta que estén por cerrar los puestos, para que tiren la fruta y la verdura que quedó rezagada, que nadie quiso, que estaba fea, abollada, dañada. Ella recoge del suelo los duraznos marchitos y los guarda en una bolsa entretejida. Tomates machacados. Espinacas pisadas. Llega a su casa y lo lava con fervor. Deja la fruta como nueva. Corta los pedazos machacados y va destacando lo mejor de las zanahorias. Su hijo, Vicente, la mira. Dos o tres veces por semana, lo agarra sin aviso y lo mete a la ducha bajo el agua fría. Vicente grita y sus gritos se sienten hasta dos cuadras. El agua está tan helada que le quema la piel en un sentido inverso y sale rojo como un tomate. Además, como grita, sale hinchado, traumatado, adolorido, en crisis. Pero Violeta lo seca con la toalla como si no hubiese sido nada, como si no quedara otra opción. El agua caliente es un privilegio de los burgueses, piensa, pero no dice nada, mientras sus tatuajes con la A de anarquía se confunden con la toalla.

De vez en cuando llega a su casa un novio, al que le tiene mucho cariño, un experto primitivista que conoce al revés y al derecho las leyes y cómo romperlas, que no le tiene miedo a nada, dice. Como aquella vez en la que lo vi parado en una esquina, hablando con un grupo de personas, vestido de punta en blanco, como si no hubiese hecho nada, y los vehículos policiales pasaban por detrás enloquecidos, sin notar su mochila cargada. Jamás olvidaré ese rostro de temor,

pánico y aventura, de haber hecho algo heroico, algo increíble, algo que nunca sabré qué fue, para luego confundirse con la gente como si se pudiese disimular ese temblor. El temblor de las manos, de la boca, de las palabras. Qué rostro tan pálido tenía en el momento aquel y qué ojos tan expresivos, aun llenos del fuego en la mirada.

A los 18 años, Violeta tuvo su primera relación sexual. Fue un asco. El tipo encima jadeaba como un cerdo. Hacía una extraña sonrisa de oreja a oreja y penetraba, subido encima, parecido a la fotografía obligada de alguien a quien no quisiera conocer. No sintió que era un objeto sexual, sin embargo rara vez estuvo atenta sus propias emociones y sentimientos. Más bien, cada pose, cada movimiento, reflejaba lo que ella estaba esperando que a él le gustara, parar la cola para que quede bonita y gustarle, en vez de apretarla para tener el orgasmo y se ponga toda celulítica y fea. Eran tan jóvenes, que los granos de él se reventaban en la espalda mientras se frotaban.

Ahora es una mujer adulta, mide 1.58, usa botas, camina sin mirar atrás, deja suelto su cabello ondulado de color café. Unas pequeñas arrugas asoman en su piel, sus manos gastadas, trabajan desde que tiene uso de razón. Cuando tenía veinte años se le ocurrió, poner un aviso que decía: "Cuido ancianos, niños" y a los pocos días fue convocada por una familia, para cuidar a un abuelito que murió un año más tarde. Desde entonces cuida personas. Se encariñó mucho una vez con una señora mayor, con la que pasó cerca de seis años trabajando, doña Irene, le zurcía hasta los calcetines. Iban juntas a la farmacia, la acompañaba al médico, a hacerse los análisis, los chequeos. La ayudaba a bañarse, a cambiarse y finalmente, en sus últimos días, le limpió y cambió de pañales. Estaba con ella, cuando estalló la pandemia del coronavirus. Una enfermedad visiblemente transmitida por el capitalismo, que ha dejado millones de personas muertas, sobre todo de la tercera edad y personas con enfermedades respiratorias crónicas. Es un virus que se contagia por contacto, sale por las mucosas de las personas cuando estornudan o se limpian la baba. Y puede contraerse con el simple hecho de tocar una superficie contaminada, o respirar las partículas de saliva de alguien más, razón por la cual todo mundo empezó a usar tapabocas. Era terrible para la señora Irene, enterarse de las noticias de que una a una se iban muriendo sus amigas y amigos, familiares, a quienes

conocía de toda la vida. Cuestión que iba anunciando a su vez, su propia posibilidad de morir. El miedo a perder la vida era tan grande, que la Señora Irene se inventaba todo tipo de fantasías, hablaba de reencarnaciones y seres en los que renacería, como el ave fénix. Hasta que murió, pero no producto del coronavirus, sino de su propia edad, del paso de los años, víctima del tiempo. Cuando ella murió Violeta siguió trabajando. Cuidar gente se terminó transformando en su estilo de vida, en su forma de ser. Después adquirió esta forma como una característica, entonces estando entre amigas, solía ubicarse como la más preocupada, la protectora, la cuidadora. Del mismo modo, con su hijo. Violeta atraía a Vicente hacia su cadera, como si lo tuviera imantado, para cuidarlo, protegerlo, tenerlo bajo su ala. Con él, sentía especialmente la necesidad de cuidados.

La cabaña en la que vivían era pequeña, pero muy cerca de la playa, haciéndola grandiosa. Con el defecto de ser muy oscura, una planta crece como enredadera abrazándola desde el suelo, hasta la parte alta del techo. Dos grietas acomplejan las maderas de la fachada central y la pintura rápidamente fue corroída por las sales del viento. Una o dos plantas que no dan nunca flores, crecen en la entrada. La puerta, casi siempre abierta, deja entrar un poco del aire del mar. Vicente tiene su propia habitación, llena de juguetes, todos tirados y desparramados por el suelo. Sus ropitas bien dobladas, aguardan sobre una estantería acomodada de madera. Violeta también tiene su propia habitación, en la que recibe a veces, cuando es de noche, a su novio sin mochila. Suele mirar hacia el cielo por la ventana, desde su cama a medio hacer, esperando que aparezca la luna.

Como no tienen televisor, ni un computador, ni nada que ver, antes de acostarse leen las historias de una revista vieja, juegan juegos de mesa o hablan sobre cómo funcionan las cosas y de dónde vienen, a dónde van. La alarma nunca suena, pero a las 6 se estiran los brazos igual, al aparecer los primeros rayos que anuncian la mañana. El día parece estar congelado.

La mañana no quiso amanecer, porque anoche se madrugó. Violeta se acostó cerca de las seis de la mañana, así que cuando el sol salió, ella estaba recién estirando las piernas en la cama, dejando que las sábanas la recubrieran y le dieran esa sensación suave y cálida. Estuvo en la calle toda la noche. Fue a la

vigilia en el Congreso. No fue sola. Cientos de miles de mujeres se agruparon en las veredas, sobre las rallas blancas pintadas, en los estacionamientos, apoyadas en las rejas, sentadas en las esquinas, con sus pañuelos verdes, moviendo sus banderas. Se votaba una ley de aborto, que muchos políticos patronales atribuyeron a sus propias gestiones –y otros no patronales también-, pero que fue el concreto resultado de los años de luchas de mujeres y disidentes. Se podían ver los rostros de las ancianas, mujeres mayores que levantaron esta causa hace décadas, cuando las aureolas de los santos todavía no se apagaban, cuando las llamas del infierno amenazaban a los creyentes y a los no creyentes los atemorizaban las historias de terror y los monstruos de la noche. Cuando las mujeres se metían elementos para abortar por la vagina, como ganchos metálicos hechos con cualquier cosa, o vegetales sin receta, para que se pudrieran adentro, sin medir hasta dónde iban pudriendo y matar. Violeta estuvo toda la noche de vigilia. Se sentó en la vereda, a las afueras del Congreso y escuchó igual que todas por la radio, las palabras de los oradores, antes diputados, ahora senadores, que discutían y planteaban sus posiciones propias al respecto.

Una por una fueron abriéndose las palabras, decenas de oradores, un ambiente dividido reinó. Parecía que estaba mitad y mitad todo el tiempo. Cuando hablaban los hombres, con un acento insertado en las raíces de la tierra, hablaban de Dios y el estado, de las políticas públicas, de cuidar a las mujeres y las formas para hacerlo desde la moral y las buenas costumbres. Ellos, casi siempre mayores, de barbas blancas y ropas elegantes, en una gran parte de los casos, levantaban argumentos que decían defender la vida, la vida, la vida. Tres o cuatro hombres, honorables senadores de la república, se posicionaron a favor del aborto, repitiendo los argumentos que con tanta brillantez desarrollaron las propias mujeres, el movimiento. Y otras cuántas senadoras, defendiendo el derecho al aborto, desde varias corrientes políticas. Afuera las pancartas transforman el paisaje en una marea verde. La real discusión de quién gana, es si la batalla en las instituciones y las calles revueltas. Nunca son las instituciones, nunca es la pelea parlamentaria, a secas. Lo que está afuera, manda. En la mitología de los hombres, se ha hecho todo tipo de retratos de las más terribles criaturas, desde rinocerontes con cuernos de sangre, hasta minotauros, caballos

de Troya, gorilas gigantes que trepan edificios, dinosaurios que se vuelven extremadamente violentos, asesinos con caretas y herramientas, hombres con sombrero que vienen a vengarse en el mundo de los sueños, pero nada, nada, nada, causa tanto temor, como la criatura más poderosa de todas: La masa. La masa, esa cantidad increíble de gente, que puede verse durante cuerdas y cuerdas, de lado y lado, que no termina nunca. Violeta se levantó del cordón, se puso de pie, y se elevó sobre las puntitas de sus zapatos, tratando de mirar hasta el fondo, a ver a dónde terminaba la multitud de mujeres y disidentes y no podía ver el final. Hacia todos lados y en todos los sentidos, levantaba su cuerpo con las puntitas de sus pies, y solo podía ver cómo la marea de gente no termina nunca. Eso es miedo. Eso es poder. Estar en un edificio, frente a una multitud ardiendo, debe ser el miedo. Y estar afuera, como violeta, la fuerza, la muchedumbre, la sed, la redención, los siglos clamando, apretando, empujando, la historia que ni como un espíritu, ni como un fantasma, sino como una masa revuelta, se alza sobre los hombros de las personas que dejan de ser lo que eran y se convierten en las posibilidades del porvenir, en la transformación social.

Cerca de las cuatro de la mañana se anunció que llegó la hora de votar. Cuando ganó la aprobación del aborto, la música sonó a todo volumen, la fiesta se hizo una emoción poderosa que no pudo reflejar la televisión. Luces. Bengalas. Neón. Verde. Verde como el paraíso. Verde como el camino a un infierno que no existía. Una noche que cambió la realidad y se inscribió en los libros de historia, en una larga línea que no comienza con las sufragistas y el derecho a voto, la conquista del divorcio y otros jalones.

La fiesta fue tan emotiva, que la mayoría lloraba, saltaba, reían, se cantaban los gritos de siempre, recubiertos de triunfo y victoria. Debe ser una de las conquistas más importantes de nuestra generación, independientemente del género. Hasta que salga la clase trabajadora y amplíe de conquistas, a transformaciones económicas de base. Explotación por explosión social. Nuevas bases, sobre la colectivización de los medios productivos y sus formas de reproducción. Dos clases y dos géneros, es una división en cruz del cuadrado de nuestra sociedad. Violeta decidió dónde ubicarse, rápidamente. Ya a los doce años escribía un pequeño boletín que repartía en la escuela como semanario, en él trataba temas de todo tipo, pero resaltaban sus menciones a las injusticias

que pasaban, realizaba denuncias espontáneas, visibilizando hechos que otrora pasaban desapercibidos. No quiso militar nunca, porque ya circulaba en la atmósfera que la militancia era contradictoria, que los partidos eran corruptos de norte a sur, copados de gente deseosa de tener cargos de poder, dinero, de penetrar en un sistema de hambre. Violeta no es así. Se encarga de su hijo, trabaja de cuidadora y vive en una cabaña que les permite abrigarse del frío, pero nada más. No ambiciona más. El poder es algo que nunca fue para ella, algo más que ser parte de la masa revuelta. Pero es activa. No cree en delegar. Asiste. Ve convocatorias. Asiste. Busca. Está. Pone el cuerpo. Se ha hecho amigas al interior del movimiento, con las que se contacta regularmente a través de las redes sociales. Se mantienen comunicadas, si se me da licencia para inventa una palabra: comunidas. La normalidad es una caja en la que no quieren entrar, ni por la buena ni por la fuerza. Así que buscan las formas de romper el estatus quo a como dé lugar. Esta noche fue la vigilia, mañana continúa la causa y otras causas, como días utilizados para el devenir histórico, ladrillos puestos en una pared que crece permanentemente, como la aguja de un pajar, pinchándoles hasta reventar.

Tipo cinco de la mañana, cada quien se fue dispersando y volvió a su casa, con la sensación de haber hecho historia. Durante varios días no paró de hablar sobre eso la prensa y en los medios internacionales se hizo eco la noticia, que se unió con las que clamaron la legalización del aborto, también en otras latitudes. La marea se expande, crece, dinamita las cimientos de la patriarcalidad imperante, no se detiene en conquistas parciales y avanza a cuestionar, quiere más, rompe, golpea, amenaza las ciudades, la marea, es verdaderamente, un maremoto.

Cuando trabaja Violeta tiene espacios en los que no hace nada y puede leer. Actualmente cuida a una mujer de unos setenta años, que se sienta en una silla con ruedas de forma permanente, tiene el pelo corto, suele estar malhumorada y pide todo con la punta del dedo. Apunta el control remoto. Apunta el agua. Apunta la cama. Simplemente apunta y habla, pero el dedo gobierna, controla todo. A las 3 de la tarde se queda dormida, una siesta que dura exactamente cuarenta y cinco minutos, pero que sin duda ha de resultarle placentera, porque un hilo de baba cae por su boca. Antes de despertar, hace un salto abrupto, un

golpe que da su corazón para indicarle al resto del sistema que debe seguir, indefectiblemente, funcionando.

Durante el tiempo de la siesta, Violeta puede leer. Le gusta leer. Toma un libro entre sus manos discretamente, como si fuera un secreto, y se sienta en una silla vieja que instaló estratégicamente bajo la ventana. Abre las páginas tanto y como puede, mientras estira un poco su cuello, adormilado de tanto andar.

El día lunes comienza a leer una novela que narra la historia de Vita, una escritora de la que se enamoró Virginia Woolf, había visto ya la película. En la película, aparece una Virginia muy parecida a los poetas malditos que no parece ser tan realista. Violeta siempre se la imaginó más parecida a la tristeza clásica, no a la nueva moda de los hombres decadentes de la anti-nobleza. La tristeza del desierto, la melancolía, los ojos huecos que ven por los cristales de las ventanas. Grande como un albatros, cuyas alas desplegadas no le dejan caminar, como dijera Baudelaire. Y hay una cruz en la puerta de su habitación para escribir, con la ironía de que ella en realidad, escribiera sus ideas más brillantes yendo de paseo. En el libro que mece con sus dedos, están escritas las cartas que Virginia le dirigió a Vita y viceversa. Cartas de amor cargadas de pasión, de literatura y por qué no decirlo, de alguna que otra mentira. De juegos pasionales, como el referido a una pintura, que parece una ilusión, un deseo, una farsa oculta para satisfacer las necesidades ajenas, o imponerlas, a como de lugar. Una historia de amor que por fin se deja leer, no como las grandes novelas rosas, que ya producen un asco vomitivo. Nadie quiere leer más historias de amor heterosexual, de hombres principados que se encargan de solucionarlo todo y mujeres principescas que esperan, sueñas, cuidan, ríen, se rodean de pajaritos, cantan y se visten de seda. Vita escribe con la pasión de Orlando. Orlando es Vita. Orlando es una novela de Virginia. Virginia es una novela de Vita. Vita es una novela de Virginia. Violeta lee la novela de ambas y se imagina, siente la pasión, el fuego y su propia entrepierna se intoxica con el deseo del deseo, del deseo. Siente choques violentos a su vez, como cuando lee que Virginia no encaja con las personas de su clase, la clase trabajadora, que dice no poder dialogar con personas que no son cultas, y ella siente que no es culta, que nunca lo será. Violeta no es Vita, ni Virginia. Es una época, y no cualquiera.

Cuando suena el salto de la silla y el rechasquido de la saliva en la señora, se anuncia que la hora de la siesta llegó a su fin. Violeta cierra el libro y lo guarda en la orilla de la mesa, tras un mueble que alcanza a tocar la cortina. Se para con un resoplido y va a asistir, como siempre. Asistir. Cuidar.

La señora sobre la silla, cuyo hilo de baba aún se mantiene incólume, se llama Nelly. Lo primero que hace es apuntar hacia el vaso de agua sobre la cómoda, que Violeta le alcanza ágilmente. Luego, como una bocanada de aire, se abalanza sobre el televisor, usando sus movimientos sobre ruedas, para sentarse a ver, lo que clásicamente ve a esta hora, que es el programa de chismes y comentarios sobre actuaciones, bailes y otros programas de televisión. La señora Nelly avanza con tanta velocidad sobre su silla de ruedas, que bien parece que se fuera a chocar contra algo, pero para enseguida, acomodándose, girando, instalándose, como si no le costara nada.

Los programas de chismes suenan a todo volumen cuando se enciende el televisor. Aparece gente bien vestida, con cabezas enormes, narices perfectamente marcadas, bocas exuberantes inyectadas de botox, maquillaje que tapa las imperfecciones, un brillo que ilumina hasta las habitaciones más recónditas. Palabras que no dicen nada, o hablan de pavadas, historias sin sentido de gente que vive para contarlas. Van y vienen con caras serias, como si lo que están diciendo fuera algo realmente importante, definitivo. De nada se quejan, no dan cuenta de la situación política del país, no dicen ni referencia a la ley de aborto recién decretada, nada. Se paran, se sientan, dan vueltas, hablan, comentan programas que ya pasaron, donde la gente bailó, cantó o hizo alguna talentosa pirueta. Qué hilarante. Las caras serias son lo que más le llama la atención a Violeta, ojos que ven directamente a la cámara como tratando de dialogar con alguien. Cuando ve esos rostros recuerda su propia infancia, esos días que ahora parecen ajenos, en los que ella siendo chica veía también esos programas, creyéndoles, sin distinguir el circo, y ponía la misma cara seria de interés, haciendo real que se trataba de algo importante.

Debe haber sido una de las niñas más introvertidas, siempre pegada en las faldas de su madre, al igual que su hijo Vicente. Observando a los demás tras las piernas entumecidas de una mujer que sostiene la casa. Hubiera querido ser

rica y famosa, bailar como en esos programas de televisión, usar todo ese maquillaje y tener un peinado alto hasta el cielo. Ser famosa, reconocida públicamente. Amada. Admirada. Idolatrada. Con carteles gigantes que reflejaran a lo lejos su cabellera. Soñaba con ser famosa, pero jugaba a limpiar camarines. Mientras limpiaba el baño corroído de la casa que habitaba, imaginaba que era el baño de una rica y poderosa cantante o estrella de cine. Imaginaba que limpiaba y ordenaba los vestidos bellos de una tal o cual Pepita, o le sostenía el cabello al vomitar, luego de unos cuántos tragos que se había tomado. Quería ser estrella, pero ya desde chica comprendía, o veía por su realidad, los obstáculos de lograrlo, así que soñaba con tener la posibilidad, en cuanto mínimo a la estrella, limpiarle el polvo.

La Señora Nelly pide algo para comer y corriendo va Violeta a preparar un té, un sándwich que prepara con jamón y queso, para servírselo después, sin delantal, pero sin poder comérselo. Mientras deja el plato y la tasa recuerda aquella noche en la vigilia y se pregunta cuánto más quedará de todo el resto, cuánto más faltará para que el resto de cadenas caiga, una tras otra, o todas juntas, como una fiesta de colegiales al llegar las 12. Su cabeza repite como por asomo, las imágenes de las caras pintadas de verde, los pañuelos flameando como una sola bandera, las llamas de una consciencia nueva, tan parecida al porvenir, tan diferente del ayer, basura, que aún nos acompaña.

Mirna

A menudo se nos repite, que las obligaciones del padre no tienen nada que ver con los derechos del padre, especialmente en aquellos casos en los que hay separación. Si el padre no entrega la manutención mensual de forma adecuada, se entiende que eso no implica que pierde su derecho a visitas. Es toda la contraria la ideología que nos enseñan en la escuela, en donde remarcan permanentemente y de forma constante el hecho de que las obligaciones y los derechos vienen juntos, que es un asunto constitucional. Para salir los fines de semana, te revisan las tareas, si cumpliste con las obligaciones de la escuela, puedes disfrutar de los beneficios de la libertad, sino estás castigada, sino tienes que ponerte a estudiar. Si cumples con tus obligaciones, podrás tener tus derechos. Si tu pieza está ordenada, tendrás derecho a ver la televisión o a otro beneficio interesante. Es decir, suele ser parte de la cultura llamada democrática, que con las obligaciones vienen los derechos y que los derechos traer aparejadas ciertas obligaciones. Lo enseñaban ya los hombres a la hora de ir a votar. Pero cuando se trata del padre todo cambia. El derecho y la obligación se separan, y no tiene nada que ver para la gente, el derecho a las visitas, con la obligación de cumplir con la manutención, la responsabilidad, una ubicación que garantice la seguridad de la niña en cuestión. La ley del padre. “Hagan lo que yo digo, pero no lo que yo hago”. Apliquen el derecho en ustedes, y no en mí, gran padre todo poderoso, creador del cielo y la tierra. Dominador de mares, desiertos. Creador de las más grandes esculturas. Pisador de lunas, murallas chinas y coliseos. Mirna piensa en esto mientras espera. Mira de reojo la televisión. Ayer hubo un intento de toma del Capitolio. Al principio parecía un delirio, pero terminó con cuatro personas muertas y decenas de heridos. Hombres con ametralladoras entraron y se sentaron en el típico sillón abanderado. Uno de ellos, un hullaigan, nazi, Bonaparte de ultra derecha, usaba un sombrero de animal, tenía la cara pintada con los colores de una obtusa bandera y su vientre peludo al descubierto. Un violador al capitolio. Sentado, con un megáfono sobre la mesa. Esperando quedarse. El resto balacera. Gente tirada en el suelo con los brazos tras la cabeza. Pánico. Breack. La transmisión en vivo. Los noticieros a todo volumen en cada rincón de cada ciudad.

El teléfono suena, Mirna contesta y observa a su alrededor. La mecánica postal de un taller teñido de grasa oscura. Una estructura metálica central, pintada de amarillo, construida en forma de cuadrado. La incisión en el suelo de un rectángulo, repleto de herramientas sueltas. Gatos. Calendarios que ya no tienen mujeres desnudas. Pilas de neumáticos elevándose desde el suelo hasta el techo de chapa. Un sofá frente al televisor, de un color café, recubierto por la grasa oscura, que gobierna también el suelo. La pequeña ventanita que da hacia la caja y una montonera de arbolitos de colores en miniatura para el aroma colgados, bailando al son del ventilador que gira con una tirita verde. El ruido de un motor. Las caras pensantes de los mecánicos que giran. “Hola”, dice Mirna. Y se oye la voz de alguien que pregunta si está abierto. “Está abierto”, dice, mirando a su alrededor, viendo la panza de su marido asomarse en la lucha contra la polera.

Las horas van y vienen y Mirna se aburre tanto, que cuando puede se encierra en el baño, para tocarse la vagina suavemente un rato. Frota sus dedos contra el clítoris, apoyada contra la pared, sin pensar en el afuera, imaginando todo tipo de cosas. Se imagina que es la dueña de un hotel que no tiene nombre en la cordillera, que está nevando y un apuesto caballero llega cuando las horas son desiertas, cuando no hay nadie alrededor, y la masturba, le introduce dos dedos gruesos y ricos que se mueven de forma palpitante. Se imagina que chupa penes en la calle, de desconocidos, que los lengüetea desde la base hasta la punta, hasta dejarlos morados, todos carcomidos. Frota su clítoris, muerde su labio, exhala, no quiere volver afuera, aprieta las piernas, se imagina que una chica aparece y le besa las tetas, el cuello, acariciando sus piernas. Quiere acabar, pero tiene que volver a la caja, a verle la cara a Oscar, que está concentrado en el televisor.

Cuando vuelve, se sienta, y sus uñas largas, fabulosamente pintadas, hacen un ademán de desdén. Al parecer no domina, los increíblemente irónicos gestos de sus manos, que desprecian todo cuanto le rodea. Choca el color crema de sus tonos y lo brillante del marmolado, con la mecánica postal del entorno grasiento. Un hombre camina hacia ella y una voz masculina grita “\$4.000”, así que estira la mano en señal de cobro. El hombre paga con cuatro billetes justos, vuelve a su auto y se va. Uno igual al otro y al de siempre. Uno tras otro, mismas caras,

mismos tonos de voz, mismos gestos, pagan y se van. Una monotonía que avanza a una velocidad indescifrable. El televisor sigue hablando de Capitolio y nada explosivo parece estar por pasar, no aquí, no ahora, no para ella. Mira hacia afuera y esperaría ver pasar grupos armados, pero no precisamente de esos, o esperaría ver pasar algo, como aquella vez que hubo un mundial de fútbol, un partido muy importante al parecer, porque la gente se agolpó en el sillón y en todos los bares. Pasaban por afuera, volando por la calle, papelitos de colores, el sonido de las bubucelas, gente alzando la voz y cantando no se qué de una copa. A Mirna no le interesa el fútbol, menos cuando se trata de países. Ve, la cara de su marido tan atento, mirando el televisor, como si se definiera el destino del mundo, a los otros mecánicos, clientes, gente que pasa, tan atentos hacia el televisor cuando hay un partido, que no lo puede entender. Quisiera ver pasar algo más apasionante para ella, algo o alguien, o un conjunto de alquienes. Una marcha, una movilización, la insurrección de cientos de miles de mujeres, disidentes, que pasan justo por esa arteria y por todas las arterias, para dirigirse al gran punto central de la ciudad, quisiera, pero no pasa nada. Ni las vecinas. Ni la viejita acostumbrada a pasar, con sus pantuflas antes rosas, a comprar el pan a la esquina. No pasa nada, no pasa nadie. Y Mirna se pregunta si la vida continúa o esto era todo, o quedaba acá. No voy a hablar de Betty Friedan y de “La Mística de la Feminidad”, porque para Mirna, no hay una bella casita en suelo norteamericano, ni electrodomésticos de última moda ni jabones para lavar la ropa que hacen milagros. Ella vive en una habitación junto a su marido, adosada al taller. Las paredes de un amarillo aguachento, parecen absorber la grasa general del entorno. A veces cuando se acuesta en la cama, mira el techo, y no entiende por qué está allí. Se lo pregunta, aunque la distrae rápidamente la cantidad de moscas que esperan por el nuevo día, silenciosas, pegaditas en la oscuridad.

“¿Qué parte de mí, no puede levantarse e irse?”, se preguntaba. Miraba para al lado y un ronquido celestial de su marido, hacía mella. Oscar. Oscar. Era tan dulce cuando se conocieron. La fue a buscar a la ciudad en la que vivía, después de haberla conocido por internet, en seguida le pareció un buen partido. Él conducía una de esas camionetas blancas, que tenía cargada con herramientas, porque por esos días, su taller era móvil.

Cuando se presentó a la puerta de su casa, justo había tenido un mal sueño. No sabía si era un mal presagio o una de esas cosas que dice la gente. Soñó que tenía en la mano carne cruda de gato. ¡Carne cruda de gato! ¿Qué significa algo así? Freud tiene cientos de interpretaciones de sueños, desde los típicos como de persecución, caerse, volar, hasta los que expresan los deseos más profundos o sus deseos antitéticos. Analizó sueños como el de Irma y otros casos que sería aburrido traer a colación. Sin embargo, nunca hubo carne de gato en uno. Ella vomitaba en el sueño, con un asco brutal. Siempre recordó ese sueño y haberlo conocido a Oscar sumergida en él, porque después cuando no pudo ser mamá, pensó que la carne cruda, el gato muerto, el vómito, podría estar asociado a la realidad de su cuerpo.

Se casaron a los pocos meses de conocerse. No fue un día tan feliz como hubiese querido, puesto que nunca se presentó su padre, no la llevó del brazo hacia el altar como dicen que se debe. Con el vestido puesto intentaba no llorar. La fiesta fue maravillosa y lejos del taller. No había grasa ni chorreaban las paredes. Era un comedor discreto, formal, que se llenó de familiares. Rostros conocidos que se sentaron a la mesa para bendecir el momento más importante en la vida de una mujer. ¿No es así? O eso comentaban las tías frotando los callos de sus dedos. A veces piensa que no haber podido tener hijos fue una suerte. Otras lo vive como una desgracia. La falta. La carencia. Las ganas. La insatisfacción del deseo. De vez en cuando la invade el recuerdo del balls y esa ilusión con la que lo bailó aquel día como si realmente existiera el para siempre. Ahora sentados frente a frente, Oscar no parece tan igual al hombre que bailaba, vestido elegante, con una sonrisa hasta la frente. Desparramado en el sofá, imita un huevo frito que se cocina con el calor de la tarde, su cara brilla por el sudor, la transpiración arma dos enormes aureolas dispares bajo sus axilas, jadea como si le costara respirar y tiene casi siempre la boca abierta. Mirna no recuerda que antes mantuviera casi todo el tiempo la boca abierta. Especialmente porque el televisor está puesto en altura. Su pelo grueso se confunde con la grasa de los motores. Se levanta cada vez que llega un auto, pero le estorba que lleguen, preferiría que no lo hicieran, o que los atendiese otro, alguno de los mecánicos que trabaja con él, pero igual mueve su cuerpo al son del cemento enrarecido y cuando se tiene que meter bajo un chasis, eso sí que es una aventura, el resto

se le queda mirando sin saber si va a lograr hacerlo, y siempre lo hace. Encuentra el modo, entre partido y partido, de introducir la cabeza y medio pedazo de cuerpo bajo los autos, entre rueda y rueda. Se dispersa tanto su carne, como un huevo frito en el suelo, que se pone plano y calza perfectamente. Suele detectar las fallas mecánicas con gran precisión. A veces desde lejos, o con el simple sonido de un vehículo que viene envuelto en humo, ya sabe decir qué tiene, cuál es el problema y cómo resolverlo. En eso es incuestionable. Casi nunca viene un cliente insatisfecho a reclamarle o devolverle. Una sola vez, una señora volvió indignada por un arreglo que falló a la hora, pero fue por poca suerte. En ocasiones han llegado vehículos accidentados, que no han pasado la revisión técnica, o que simplemente no arrancan y Oscar sabe darles una vuelta, los sube, los baja, los abre y desarma, hasta que logra echarlos a andar, como verdaderos Lázaros metalizados.

En más de una ocasión Mirna le pidió que le enseñara. Cuando abre el capot y se pone a revisarlo, ella sale de la caja, a veces, y va a ponerse al lado, observa las baterías, los tubos que van y vienen, los cables, las piezas diminutas y combinadas, le parece una ciudad vista desde el cielo. Le pregunta cosas, intenta tocar algo, pero él siempre le contesta amargamente y le saca la mano para que no toque, con el argumento de que no se quema. Ella siente que no entiende, se pregunta en qué momento se le bloqueó la capacidad de interpretar todas esas vueltas que dan los tubos, el rol de esas piezas, en qué parte de la escuela le dinamitaron la posibilidad de hacer mecánica con la naturalidad con la que la hace Oscar. No es más inteligente. Ella se encarga de las cuentas y notó varias veces, que él hace cálculos erróneos al cobrar, o cobra de menos o cobra de más, y en cambio ella es muy precisa con los números, su lenguaje es tremendamente educado, no se la paso insultando al televisor como él, pero cuando ve un motor, su cabeza se bloquea como si alguien le hubiese cercenado esa parte del cerebro con una cuchilla gigante. ¿Quién usó las tijeras de podar para sacarnos habilidades?, se interroga, sin exteriorizar sus ideas frente a Oscar, que la mayoría de las veces contesta con un obtuso “¿ah?”. Mira observa desde arriba el brillo apagado del motor y se acaricia la cara como si tuviera barba, recorre con su dedo índice y pulgar un imaginario bigote y luego baja, con esos mismos dos dedos hacia la pera, donde termina con un ademán de acariciar

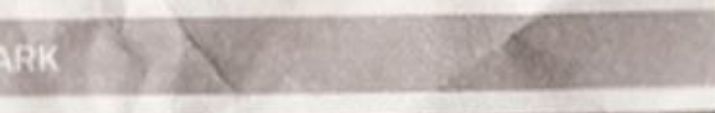
una barba imaginaria que se extiende hasta el infinito de lo que no existe. Si descubre que está haciendo eso, se ríe y no dice nada, pero deja de hacerlo. Internamente le resulta curioso comprender por qué tiene esta tendencia a acariciar un bigote y barbas que no existen.

Vuelve a sentarse frente a la caja registradora y la silla hace un ruido de pesadez. Mira hacia afuera y la calle sigue desierta. No pasa una marcha, un campeonato ni una estampida. Las hojas que no vuelan vagan por los desgastados cordones de la vereda y Mirna, siente la angustia de la quietud. A la noche le espera una vez más, la intensa actividad sexual de sentir cómo Oscar se le sube encima y acaba en dos minutos, para volver luego a su sitio y así, sin preguntarle si tuvo placer, si hubo orgasmo. A él parece no importarle lo que ella siente, mucho menos a ese nivel. Se queda con una frustración austera, sintiéndose un recipiente vacío que solo sirve para ser llenado. Siente que es una olla de la cocina, con restos de sopa vieja.

La rutina es tan repetitiva y monótona, que los días transcurren iguales, repetidos, plagiados uno tras otro, interminablemente. Mira sus manos y las ve arrugarse, envejecen con los movimientos, formando millares de ramificaciones que como huellas digitales, van marcándolo todo.

Si Mirna pudiera romper todo ahora, lo haría. Sacar para afuera los pequeños árboles aromáticos, revolver las herramientas, golpear a Oscar con una pinza, echar fuego sobre los motores, asientos, apoya cabezas y baúles que hay a su alrededor, lo haría. Tendría uno de esos fabulosos arrancones de locura que se ven en las películas, o entre los niños. Rompería todo. Destruiría el espejo del baño, arrancaría los posters de las paredes. Pintaría el espacio de púrpura, para que el color invadiera fulminantemente el entorno y sus ojos pudieran ver la vida violeta.

minnen voi aiheuttaa viivytystä. Ota yhteyttä Philips-jälkeenmyyjään tai
aan huoltoliikkeen. Lisätietoja ja neuvoja saat tarvittaessa oman
elusta. Halutessasi voit ottaa yhteyden myös suoraan Philips:n Service
keskukseen ja puhelinnumerot löytyvät tilman vihikosen hamaasta osasta.



uit yder Philips 2 års garanti regnet fra købsdato. Philips vil
e 2-årige periode – i tilfælde af defekt eller fejl opstået som følge af
eller materialefejls omkostningsfri reparation eller ombytte produktet
er kun for reparation eller ombytning. Såfremt det kan
se, at produktet på tidspunktet for reklamationen, er dækket af
anknæstempel kassebon med dato/købspris og produkt type)
sker ikke stige på produkter eller dele af produkter, produkter/
fremstillet af glas eller produktdele, der i sagens natur forbruges
ker ikke; såfremt fejlen skyldes forkert anvendelse, dårlig
e (f.eks. manglende afkalkning) eller hvis ændring/repairation har
ar andre end Philips eller serviceværksted godkendt af Philips.
ndelse af produktet forudsætter, at brugeren nøje overholder
ner i brugsvejledningen og afholder sig fra handlinger eller
der er beskrevet som u hensigtsmæssige – eller som der advares
vejledningen.

Specielle forbehold for visse produkter og materialer
Tilgætt forbehold i garantien for nogle produkttyper, f.eks. ved
e materiale. Eventuelle forbehold i garantien vil være anført i
ingen for det pågældende produkt i afsnittet "Garanti & Service"
niten "Gældende forbehold i garantien".
e påvirker ikke Deres rettigheder i henhold til lovgivningen.

eller garantiperioden kan blive alle de lande, hvor produktet
res af Philips. I lande hvor produktet ikke bliver distribueret,
den nationale Philips organisation. I det tilfælde kan der opstå
resvedele ikke er tilgængelige, skal deres forbruger eller
Philips servicecenter have kontakt med deres lokale
undecenter hvis de vil bestille deres produkt.
e til deres produkt.
de kontakte Service Center.
eder i del på afsnit 10.

www.danahartescritora.com



iza sus productos durante un período de 2 años a partir de la
opra. Si durante el período de garantía de 2 años aparece algún
producto debido a la fabricación o materiales defectuosos,
a cargo de la reparación o sustitución del producto.
e hará cargo de la reparación o sustitución en caso de que se
a prueba convincente, p.ej. el recibo de compra, que demuestre
que se reclama el servicio está dentro del período de garantía.
o cubre aquellos productos y/o piezas de los productos que
a desgastes, que se puedan considerar piezas consumibles por
a o que sean de cristal.
o es válida si el defecto es debido a daños causados por un uso
el aparato o su mal mantenimiento (p.ej. piezas bioacumuladas debido a
sido reparado o modificado por personal no autorizado por Philips.
en buen uso del aparato, el usuario deberá seguir estrictamente
restricciones que se indican en las instrucciones de uso, y
se cualquier acción o no descritos como no deseados o contra
ver en dichas instrucciones de uso.

Restricciones de la garantía para determinados productos y

le ciertos productos, está sujeta a restricciones, p.ej.
o del tipo de material utilizado. Puede encontrar las restricciones
a, si las hubiera, en el apartado "Restricciones de la Garantía del
aría y Servicio" de las instrucciones de uso.
es adicional a la garantía legal que establece el texto refundido
nial para la Defensa de los Consumidores Usuales, aprobado
Decreto Legislativo 1/2000 de 16 de noviembre. Los términos
de garantía, y todas las restricciones, prevalecerán el párrafo
efectan a los derechos de los consumidores, a consumir conforme
ines de la ciudad, y, que son independientes y compatibles con
e comercial. En virtud de lo anterior, el consumidor tiene derecho
ente al vendedor y en determinados casos, frente al fabricante
er falta de conformidad, a partir del momento de la entrega
os plazos y condiciones que se establecen.

defectado algum produto durante o período de 2 anos a partir da data da compra. Se durante o período de garantia de 2 anos aparecer algum produto devido a fabricação ou materiais defeituosos, a cargo de a reparação ou substituição do produto. A Philips fará cargo de a reparação ou substituição em caso de que se apresentar uma prova convincente, p.ej. o recibo de compra, que demonstre que se reclama o serviço está dentro do período de garantia. A garantia não cobre produtos e/ou peças de produtos que se desgastam ou que possam ser considerados consumíveis por natureza ou que sejam de cristal. A garantia não é válida se o defeito é devido a danos causados por um uso incorreto do produto ou seu mau manuseio (p.ej. peças bioacumuladas devido a não reparação ou modificação por pessoal não autorizado pela Philips. Em bom uso do aparelho, o usuário deverá seguir estritamente as restrições que se indicam nas instruções de uso, e evitar qualquer ação ou não descritos como não desejados ou contrários às instruções de uso.

Restrições da garantia para determinados produtos e materiais

Para alguns produtos, a garantia está sujeita a restrições, p.ej. do tipo de material utilizado. Pode encontrar as restrições, se as houver, no capítulo "Restrições da Garantia e Serviço" das instruções de uso. Além da garantia legal que estabelece o texto refundido do Decreto Legislativo nº 67/2000 de 16 de Novembro. Os termos da garantia, e todas as restrições, prevalecerão o parágrafo que se refere aos direitos dos consumidores, a consumir conforme as necessidades da cidade, e, que são independentes e compatíveis com o comércio. Em virtude do anterior, o consumidor tem direito perante o vendedor e em determinados casos, frente ao fabricante, em caso de falta de conformidade, a partir do momento da entrega, os prazos e condições que se estabelecem.

A assistência durante e após o período de garantia pode ser obtida em todos os países onde o produto for distribuído comercialmente pela Philips. No país onde o produto não for distribuído pela Philips, a assistência será prestada pela empresa ou organização nacional Philips que aí se situar. Neste caso, poderá ocorrer alguma demora se as peças necessárias não estiverem disponíveis. Dirija-se ao seu vendedor ou ao seu vendedor a quem se dirigiu para obter o produto. No caso de necessitar de assistência, dirija-se ao seu vendedor Philips ou, se também for possível, ao CENTRO DE INFORMAÇÃO AUTORIZADO PHILIPS. No caso de necessitar de assistência, dirija-se ao seu vendedor Philips ou, se também for possível, ao CENTRO DE INFORMAÇÃO AUTORIZADO PHILIPS. No caso de necessitar de assistência, dirija-se ao seu vendedor Philips ou, se também for possível, ao CENTRO DE INFORMAÇÃO AUTORIZADO PHILIPS. No caso de necessitar de assistência, dirija-se ao seu vendedor Philips ou, se também for possível, ao CENTRO DE INFORMAÇÃO AUTORIZADO PHILIPS.



Garantía

- A Philips garante seus produtos eletroportáteis e de duráveis por um período de dois anos contados a partir da data da compra. Se o defeito decorrente de material ou mão-de-obra defeituosa ocorrer dentro do período de dois anos de garantia, a Philips reparará ou substituirá o produto sem qualquer encargo para o consumidor.
- A utilização da garantia para o reparo ou troca do produto está condicionada à apresentação da nota fiscal de compra original, desde que o prazo para a solicitação do serviço não exceda o prazo estabelecido. A garantia não cobre produtos e/ou peças de produtos que se desgastam ou que estejam sujeitos a desgaste e/ou possam ser considerados consumíveis dada a sua natureza.
- A garantia perderá sua validade se o defeito for decorrente de utilização incorreta do produto, manutenção deficiente ou ainda se mudanças no produto tenham sido realizadas por pessoas não autorizadas pela Philips.
- Para que o produto seja usado da forma correta, o consumidor deverá criteriosamente todas as instruções mencionadas no manual do produto e deverá abster-se de quaisquer ações ou uso descritos como não desejados ou para as quais sejam feitas recomendações e avisos nas instruções fornecidas com o produto.

Importante: restrições de garantia para certos produtos e materiais

- Para alguns produtos, a garantia pode estar sujeita a certas restrições, p.ej. do tipo de material utilizado. Pode encontrar as restrições, se aplicáveis, no capítulo "Restrições da Garantia e Serviço" do manual do usuário.
- Estas restrições à garantia não afetam os direitos legais do consumidor.

Serviço

A assistência durante e após o período de garantia pode ser obtida em todos os países onde o produto for oficialmente comercializado pela Philips. No país onde o produto não for distribuído pela Philips, a assistência é fornecida pelo posto autorizado Philips. Neste caso, poderá haver alguma demora no atendimento necessário se as peças necessárias não estiverem disponíveis de imediato. Dirija-se ao seu vendedor Philips ou entre em contato com o Centro de Informação do Consumidor de seu país para obter mais informações ou se tiver alguma dúvida.